

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Redaccion y Administracion.

Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

<p>REDACTORES.</p> <p>D. Carlos Diaz Bolla.</p> <p>» Enrique Valdelomar Fábregues.</p> <p>» Carlos Franquelo Romero.</p> <p>» Luis Lopez Amigo.</p> <p>» Benito Avilés Merino.</p> <p>» Rafael García Vazquez.</p> <p>COLABORADORES.</p> <p>Srta. García (D.^a Amparo).</p>	<p>Alcalde Valladares (D. Antonio).</p> <p>Avilés (D. Angel).</p> <p>Aragon (D. José M.)</p> <p>Ballesteros (D. Manuel).</p> <p>Conde Souleret (D. Rafael).</p> <p>Delgado Lopez (D. Dámaso).</p> <p>Fernandez Grilo (D. Antonio).</p> <p>Franquelo (D. Eduardo).</p> <p>Fuente de Quinto (Baron de).</p> <p>Fernandez Ruano (D. Manuel).</p> <p>Illescas (D. Ricardo).</p>	<p>Jover y Paroldo (D. José).</p> <p>Jerez Perchet (D. Augusto).</p> <p>Melendo (D. Rafael).</p> <p>Navarro y Porras (D. Luis).</p> <p>Pavon (D. Francisco de Borja).</p> <p>Power (D. Teobaldo).</p> <p>Pavon (D. Rafael).</p> <p>Ramirez de las Casas-Deza (D. L.).</p> <p>Vasconi (D. Angel).</p>
---	---	--

SUMARIO.

LA SEMANA, por R. G.—LA MUJER Y LAS FLORES, por Salvador María Fábregues.—VARIÉDADES.—EL ABANICO.—ESTÁ EN EL CIELO, por J. Lopez Herrera.—PROPÓSITOS VANOS, por Aureliano Ruiz.—MISCELÁNEA.—CHARADAS.—SOLUCIONES.—TRADICIONES DEL RHIN, continuacion por Eduardo Franquelo.

LA SEMANA.

«Rápidos pasan los dias
Sin que apenas dejen huella»
Ha dicho un autor notable
Por su talento y su ciencia.
Esa máxima profunda
Que tanta verdad encierra,
Se me ha venido á las mientes
Al comenzar mi tarea
Considerando cuan presto
El fatal Domingo llega
Sin que tenga el revistero
Que decir; y es cosa cierta
Que las lectoras de EL ÁLBUM
Con justa razon esperan
Encontrar en su revista
Alguna noticia fresca.
Por eso angustiado y triste
El aprendiz de poeta
Que estos renglones escribe
Y que noticias no encuentra
Por mas que evoca recuerdos
Y pone el magin en prensa,
Por temor de no agradaros
Sufre torcedora pena,
Y maldice á la fortuna
Que no presenta en escena
Duelos, envenenamientos,
Amores de la edad media,

Casamientos y otros lances
Que dán fecunda materia
Para escribir diez cuartillas
Seguro de que interesan.

*
**

Expuesta mi situacion
Que equivale á pedir venia,
Trataré de decir algo
De la semana. Modesta
Se presentó y ha seguido
Hasta el fin, en tal manera,
Que por no lucir sus galas
No quiso que el sol luciera,
Dejándonos ver tan solo
Cara de llanto y tristeza,
Mojándonos con sus lágrimas
Que han llegado á ser perrera.
En los paseos por tanto
No hemos visto á nuestras bellas
Que entretenidas cosiendo
Los vestidos para fèria,
Hacen votos porque el tiempo
Mejore para esa época.

*
**

El Gran Teatro ha tenido
Una lamentable pérdida;
Se marchó la Montañes
Sin decir «Abur» siquiera
Y en tres representaciones
Dejó la zarzuela nueva;
Pero han hecho *Campanone*
En justicia, muy bien hecha.
Dicen que una nueva tiple
Ha contratado la empresa:
Que es la Uzal, ya conocida
Y aplaudida en nuestra escena;
Si el anuncio se realiza
Estamos de enhorabuena.

*
**

El Circo de Santa Clara
Aunque sin gran concurrencia
Sigue dando sus funciones
Que no tienen diferencia,
Pero en las que siempre admiran
De los niños la destreza,
Lo elegante de sus trajes
Y su gracia y sus maneras:
Es de sentir que se marchen,
Si es así que pronto vuelvan.

* *

Por fin el Alcalde hizo
Caso á las continuas quejas
De todos y han levantado
Barricadas por do quiera;
Pero queda poco tiempo
Y si las lluvias no cesan,
Las baldosas levantadas
Estarán para la fèria,
Y habrán de pagar la incuria
Del Alcalde nuestras piernas.

* *

Acabo aquí mi relato
Porque me falta materia
Al par que me sobra sueño;
Conque así, hasta que Dios quiera.

R. G.

La mujer y las flores.

Reina de la hermosura y del perfume, tú que para el botánico solo eres un sér que pertenece á la familia de las *rosáceas*, para el floricultor una planta delicada que cultiva con mas esmero que ninguna otra, y para todos una flor que exhala un aroma que deleita; eres para la mujer una perene y sábia maestra, que le enseña cómo debe apreciar la hermosura de que el cielo la dotó.

Permitaseme, imitando á los escritores persas, dar vida inteligente á esta flor y presentarla en escena, siquiera sirva ello para hacer mas amenas estas páginas.

En la soberbia Stambul, la ciudad que vé reverdecer sus jardines junto al Bósforo, en cuyas tranquilas aguas se reflejan los alminares de sus palacios y las cúpulas de sus cien mezquitas, en la ciudad querida de Constantino, vivian felices dos frondosos rosales en el fondo de un jardin matizado de bellísimas flores. Aunque hijos de una misma familia, pertenecian los dos á distintas clases. Era el uno de la especie de los llamados de Damasco á los que conocen los botánicos con el nombre

de *centifolia*, y tenia una hermosísima hija, purpurina como el rosicler de la aurora, fina como la impalpable cachemira de la India, suave como el céfiro de la mañana. El otro era un simple rosal europeo, pero fuerte, arrogante y de una lozanía sin igual. Tenia tambien una hija, blanca, pura como la sonrisa de un querube, nacarada como la concha que guardó en su seno á la madre del amor, esbelta y flexible como la palmera del desierto.

Entre ambas existian las relaciones de parentesco, pero tambien la rivalidad de la hermosura. Exalaba la una un perfume embriagador; despedia la otra un aroma ténue, sutil pero no menos delicioso y fino aunque no tan fuerte.

Vivian juntas, y cuando el matinal rocío abria su capullo para que el sol absorbiese el gérmen de su delicada existencia, diz que una maga que entendia su lenguaje y sobre ello ha dejado algunas memorias, cuenta que se hablaban así:

—Bueno y feliz dia te conceda nuestra madre Flora, empezaba la de Damasco.

—Y atí tambien, prima mia.

—No sé como no estás ya cansada de una existencia como la tuya, proseguia la primera. Siempre así, del mismo color, siempre los mismos perfumes, siempre tus pétalos pegados y sin brillar á la hermosa claridad del dia como los míos, y cuando la brisa vespertina empieza á soplar, recoges tu aroma que para nada sirve á nuestro dueño Hussein-Alí. Tu vida es triste, monótona y sin ningun goce, cuando cuentas con elementos bastantes para ver satisfecha tu vanidad.

—Prefiero mas vivir así que no como tu vives. Tú que ostentas el hermoso matiz de tus pétalos, tú que exhalas tu perfume á toda hora del dia, dejas sin embargo libre entrada en tu cáliz al roedor insecto que destruye el vigor de tu tallo, sin recordar por eso, prima mia, que el mismo placer que te enajena gasta el gérmen de tu vitalidad y vá evaporando tu delicioso perfume. Nuestro dueño es cierto que prodiga incesantes elogios á tu hermosura, pero tambien debes esperar que por la misma causa te sacrifique, al paso que en mí, aunque se fija, no me halla bastante digna para que pueda utilizarme por puro placer.

—Pues tú comprenderas, replicaba la primera, cuando no tenga remedio, lo desacertado de tu conducta y me envidiarás la suerte que á mí me espera.

—Quizá sea lo contrario de lo que tu crees

y tenga que llorar tu desgracia, contestaba la otra.

La madre de las flores, que habia escuchado su conversacion, usando de su mágico poder, convirtiólas en dos hermosas odaliscas.

Un dia Hussein-Alí, recostado en un ancho divan de su harém, fijó sus ojos medio cerrados por la influencia del ópio, en dos de sus esclavas. Era la una circasiana de formas perfectamente modeladas, de ojos velados por el rubor, de modesto y pudoroso ademan. Vestia un traje sencillo, blanco, vaporoso, trasparente, á través del cual se columbraba la morbidez de sus formas. La otra por el contrario, era una georgiana de sonrosada tez, de incitante mirada y formas voluptuosas. Estaba vestida con un traje riquísimo, sobrecargada de joyas y perfumes, y tenia á su lado á una esclava nubia dándole aire con un gran abanico de plumas.

Hussein-Alí hizo un ademan, y en seguida se aproximaron las dos jóvenes:

—¿Quién eres tú? preguntó á la primera.

—Soy tu esclava Alida, que aspira solo á merecer tu estimacion, contestó la circasiana.

—¿Y tú? preguntó á la otra.

—Gran señor, contestó la georgiana, sonriendo de una manera provocativa, soy Rojana, que gozará las delicias del eden si logra proporcionar algun placer á su dueño.

Hussein-Alí suspiró, sus apagados ojos se animaron un momento. Hacia dias que andaba preocupado con la eleccion de esposa que queria hacer de entre todas sus odaliscas.

Pasaron quince dias. Las dos nuevas odaliscas habian partido lecho con su señor. Este andaba perplejo con la eleccion. Alida la circasiana era modesta, tierna, cariñosa y sensible. Rojana la georgiana era coqueta, presuntuosa, necia. Pasaba el dia delante del espejo contemplando su hermosura, y añadiéndola nuevos quilates con los ricos trajes y primorosas joyas con que se hacia ataviar por las esclavas de su servicio. Hussein-Alí elevó á su tálamo á la modesta Alida, y Rojana, llena de envidia, quiso dar celos á su dueño con aparentes coqueterías que empleó con un joven esclavo. Sospechando Hussein de ella, la hizo encerrar en un saco de cuero y la mandó arrojar, con un gran peso en los piés, al fondo del Bósforo. Alida vivió muchos años siendo la esposa de Hussein-Alí, sin que éste se fastidiara nunca de ella, porque habia logrado que le amara sin el incentivo de la materia.

El fin de las dos rosas fué este. La orgullosa vivió solo un dia arrancada de su tallo en

un rico búcaro con agua. Al observar la odalisca que habia recibido ese obsequio de su señor, que estaba marchita, descolorida y sin aroma, la sacó del búcaro y la tiró al basurreo. La modesta por el contrario, recogidos sus nacarados pétalos, guardó su lozanía muchos dias, y cuando la falta de sávia la hizo doblar la cabeza, su dueño, admirado de que se conservara todo su aroma, la entregó á un químico, que por medio de ciertas operaciones la estrajo el perfume, que la hizo inmortal.

Así es en la muger. La que dotada de belleza emplea esta para llamar solo á los sentidos, su influencia dura tanto como el deleite que pueda proporcionar. Y la que al contrario, dirige su tendencia á interesar el corazon, si es modesta y pura logra al fin su objeto, porque por medios lícitos se llega á conseguir el premio que solo la virtud y el talento alcanzan.

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

VARIEDADES.

EL ABANICO.

Objeto de lujo al parecer, el abanico, en ciertas épocas del año, es una necesidad: su uso, imprescindible en primavera, mas aún en estío algo, pero no tanto en otoño.

El abanico agita el aire, refresca el rostro y evita el malestar que produce un calor sofocante y pegajoso.

El abanico, en manos de un hombre, es un mueble de comodidad, dentro de la diligencia como en el wagon que marcha á todo vapor, en el coche de alquiler como en el caballo que camina al trote durante los largos y calorosos dias de Junio, Julio y Agosto.

La mujer hace del abanico un comodín, un arma de coquetería, un objeto terrible ó risueño.

La anciana maneja el abanico monótona y resignadamente.

La viuda, con táctica, con intencion y sobra de pretensiones.

La casada, con lentitud, con cierta dignidad, sin abusar del pequeño mueble, y acordándose de vez en cuando de que ha sido soltera.

La polla, con travesura, con ligereza, con alegría y sin dejar descansar á las varillas un minuto.

La coqueta, con aire estudiado, afectando

languidez, agitándole cuando finge celos, haciendo isocromos sus movimientos cuando simula inocencia.

El abanico es un telégrafo que habla mucho y trasmite buenas ó malas noticias.

Es la excusa del hastío, de la impaciencia, de la esperanza que no se realiza, del placer que se espera.

Las maravillas del abanico son la celosía por la que se distingue la seña de inteligencia; el rubor que ensiende el semblante, y está á punto de divulgar un secreto, las lágrimas del despecho, la inefable sonrisa del amor correspondido, el mohin de coquetería inocente, la mirada ardiente que revela una honda pasión.

Una mujer sin abanico es un militar sin espada, un químico sin laboratorio, un orador sin tribuna, un explorador sin termómetro, un cazador desarmado, un pintor sin colores ni paleta.

El abanico, además, es un recurso para salir del paso y obsequiar á la niña que sale del colegio y viste de largo, á la novia que remite dulces á los amigos, diríamos casi á retroventa.

Su construcción es el compendio del trabajo de muchas manos, la suma de muchos jornales que mantienen á no pocas personas, el objeto de una industria, en la que y por la que, especulan, desde el vendedor de abanicos á dos cuartos hasta Colomina, Brizuela y otros comerciantes, en los escaparates de cuyas tiendas se venden á 3, 4, y 10.000 rs., á gusto del comprador ú obsequiante.

Primero la madera, el hueso, el nácar, el aluminio, la plata ó el oro para las varillas ó armaduras.

Luego las labores; chinos ó guerreros, santos ó pájaros, iniciales ó anagramas, símbolos, jeroglíficos y alegorías, relieves ó calados, filigranas ó festones, y todo esto sujeto por el indispensable clavillo, pequeño vástago de alambre ó plata, oro ó similar con sus extremos lenticulares ó remaches de madera ó metal más ó menos precioso.

Además las incrustaciones metálicas ó nacaradas, de oro ó plata, de piedras preciosas, marfil ó maderas raras y olorosas, las plumas y las borlas.

Por último, el país; esto es, las dos caras que cubren los vástagos laterales del papel ó tela, del nipsis ó la seda, en cuyo país campean desde la celebridad taurómaca llena de almagra y amarillo, hasta bustos, retratos y acuarelas, casi artísticos y matices con len-

tejuelas, chinos con caras, pié y manos de marfil y túnicas de seda, caprichos del fabricante de los papeles, del estampador de los mamarrachos, del tejedor de las telas, del joyero ó platero.

Telas y papeles que constituyen una industria.

Varillas que alimentan la actividad de muchas fábricas.

Clavillos que se hacen por gruesas, por docenas de docenas.

Después de lo dicho, y suprimiendo mucho que podíamos añadir, ¿habrá aun filósofo, que, tronando contra el lujo, anatematice el abanico?

El abanico también habla; y por si lo dudan Vds. ahí vá ese diccionario contra el que han podido poco las mayores vigilancias y tiranías:

Morder el abanico.—Cita.

Abrirle y fijar la vista por el país.—Lo pensaré.

Llevarle á la boca.—Resolveré pronto.

Idem á la nariz.—Sí.

Apoyarle en el muslo derecho.—Desista V.

Idem en el izquierdo.—Me incomoda V.

Abanicarse con el dedo pulgar por fuera.—Declaración de amor.

Idem por dentro.—Deseo hablar á V.

Abrirlo y cerrarlo apoyado en la mano izquierda.—No confíes de mí.

Idem sin apoyarlo.—Voy á paseo.

Pasar las manos por las varillas una sola vez.—Voy á misa á las doce.

Idem de una en una.—A hora indeterminada.

Abrirle so'o una vez.—Bailará V. conmigo.

Abrir la boca con el abanico.—Voy al teatro.

Abrirlo la mitad.—Yo te adoro.

Darlo por el pié.—Amistad recíproca.

Darse en la cabeza.—Haga V. lo que quiera.

Darlo por el medio.—Desprecio.

Por el país.—No.

Apoyarlo en la barba.—Voy á visitas.

En la palma de la mano izquierda.—Estoy comprometida.

Cruzar los brazos y dejarlo caer sin moverle.—Ha faltado V. á su palabra.

Idem moviéndole.—Te lo diré.

Levantar el abanico cerrado con el país hácia arriba.—Por la mañana.

Idem hácia abajo.—Por la tarde.

Abrirle y cerrarle teniéndole apoyado en el muslo.—Por la noche.

Dar goldes con él en la mano izquierda.—
A la una, á las dos, etc., segun el número de golpes.

ESTÁ EN EL CIELO.

A la Srta. Concha Crespo y Serrano.

—Guárdete Dios, pastora,
la de ojos negros,
la de labios de grana
y talle esbelto.
Dime: á mi amante
has visto, por ventura,
cruzar el valle?...

—Mucho siento, mancebo,
que en mis palabras,
no encontreis el alivio
que deseara;
Mas, en el valle,
há tiempo que tan solo
veo á mi madre.

—Dime, tú, blanca rosa
de la pradera;
has visto si ha pasado
mi amante bella?..
¡Oh, no responde,
quizá mi triste acento
la flor no oye!...

Pintadasavecillas,
que la enramada
cruzais siempre cantando
de amor en alas,
Buscad mi dueño;
decidla que en su ausencia
vivir no puedo.

Cristalino arroyuelo,
que ondas de plata
entre rosas y mirtos
manso desatas,
Dí: de mi amante,
retrataron tus aguas
la bella imágen?..

Deten, arroyo ingrato,
la tu carrera;
y calmen tus murmurios
mi acerba pena.
¡Oh, no te alejes,
que mi pecho desgarras
con tus desdenes!

Ni pastora, ni rosa,
ni aves, ni arroyo,
enjugan han podido
mi amargo lloro.
Porque mi llanto
nadie, sino es Dorila,
puede enjugarlo.

.....
.....
¡Oh! tú que en él imperas,
Fabonio blando,
has visto si mi amada
cruzó el espacio?..
—«Sí, dice un eco,
el ángel que tu buscas
está en el cielo.»

J. LOPEZ HERRERA.

PROPÓSITOS VANOS.

«Pérfida, ingrata mujer!...
¿por qué te he querido tanto?
Ayer me diste placer,
hoy sólo me das quebranto.»

¡Quiero la máscara alzar
con que cubres tu semblante:
por siempre te he de olvidar,
pérfida! ingrata! inconstantel!»

Dijo Juan, en lagrimones
ambos ojos arrasados,
leyendo algunos renglones
sobre un papel estampados,

Mas quiso el diablo que lista
la infiel, con rostro amoroso,
se presentase á la vista
de aquel amante celoso:

Y con solo una mirada
de amor y fingido afán,
quedó otra vez subyugada
el alma del pobre Juan.

Desde el mismísimo dia
de esta amorosa ocurrencia,
Juan no sé que sacaria;
yo saqué esta consecuencia:

«Que el amor en absoluto,
entre despacio ó de pronto,
al sabio lo vuelve tonto,
y al tonto lo vuelve bruto.»

AURELIANO RUIZ.

MISCELÁNEA.

El otro día venían escapados los omnibus de la estación del ferro-carril y uno de ellos hubiera atropellado á un señor si los caballos no se hubieran detenido á tiempo.

—¡Es V. un animal; exclamó el paseante dirigiéndose al conductor.

—¡Co... como animal?

—¡Un animal, si señor, hecharse encima de esa manera!

—¡Pero hombre.....!

—¡Vayase V. sino quiere...!

—¡Ea, no alborote osté tanto; que yo he atropellao á personas que valen mas que osté!

*
* *

Dice un periódico que un ciudadano de Buenos Aires ha inventado un reló que además de llevar los segundos, minutos y horas, marca los días, fechas, meses, años y siglos.

Valiente cosa! Yo he visto, no recuerdo donde, un reló que llevaba la cuenta de la lavandera y marcaba... pañuelos de nipi.

*
* *

PENSAMIENTOS MATEMÁTICOS.

El jóven que hace una declaración y que recibe calabazas, casi siempre se escapa por la *tangente*.

—Cuando hacemos el amor á una jóven, esta suele pedirnos la *demostracion*.

—El jóven que propone á su novia que le espere á la reja, ó que le mande una cartita por la criada, es que teme que el padre le *divida* por el *eje*.

—Un hombre soltero es un *monomio*.

—Un matrimonio con mucha familia es un *polinomio*.

—El dote de la novia es, á menudo, una *cantidad imaginaria*.

—La regla que por lo general rije en el matrimonio es la *regla de interés*.

—Si el novio es rico, los suegros proponen á la chica la *regla de aligacion*.

—Cuando la desposada dá á luz el primer hijo, se resuelve la *regla de tres*.

—Más adelante se convierte en *regla de compañía*.

—El padre que niega la mano de su hija se halla con *signo negativo*.

—Una muger celosa trata siempre de *despejar la incógnita*.

—El hombre que, habiendo sido rico, por un azar de la vida quedó reducido á la miseria, ha pasado por el *doble signo más ó menos*.

—Todos los viudos tienen el *exponente menos uno*.

—Las mujeres que no se casan es porque no han tenido *proporcion*.

—Para convencer á algunas mujeres no siempre bastan *razones*.

—Entre un hombre muy enamorado y un *monomio*, hay muy poca *diferencia*.

—Ser fea y pobre en los tiempos que corremos, es ser un *ceró á la izquierda*.

*
* *

Hemos observado con disgusto que el Sr. Marimon tenor del Gran Teatro, no hace esfuerzo alguno por agradar al público y debe tener en cuenta que este merece que se le guarde gran consideracion, como lo han hecho artistas de mas importancia.

*
* *

De una preciosa coleccion de artículos sobre las *Mujeres y las flores* publicamos en este lugar como verán nuestros lectores, la historia de las rosas, debida á la brillante pluma de nuestro distinguido colaborador Sr. D. Salvador Maria Fábregues.

*
* *

—¡Mi querido Pepe!..

—¿Qué quieres esposa mia?

—¿Me comprarás un corte de vestido?

—Lo que te compraré será un vestido de corte.

—¿Para qué? Si ahora...

—Por lo mismo; á ver si hacen contigo y con el vestido lo que han hecho con la corte.

PASATIEMPOS.

CHARADAS.

1.^a

Tengo en mi *prima y tercera*
una *dos y una*, animal
que me suele divertir
con su rara agilidad.

Un día fuíme á *dos y tres*
y, lector, al regresar,
me encontré con que mi *todo*
se habia puesto el animal.

J. LOPEZ.

LAS SOLUCIONES EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

REMITIDO.—Solucion á las charadas insertas en el número anterior:

Me puse, amigo Romero,
á descifrar tu charada
y averigüé que su todo
se componia de *casaca*.

DOLORES C.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores de fuera de la capital que aún no hayan abonado el importe del trimestre que corre, lo hagan efectivo en el término mas breve que les sea posible, para evitar los graves perjuicios que su morosidad produce en nuestra Administracion.

CÓRDOBA:

Establecimiento tipográfico de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.

LA ONDINA

cuando al día siguiente se buscó por las huellas de las pisadas del caballo el sitio donde debió caer aquel, y este sitio solo había tenido hasta entonces dos ó tres pies de profundidad, se había abierto de repente un remolino cuya profundidad es imposible medir hoy.

En cuanto al castillo de Stanffenberg, como no pudo llegar á comprobarse la muerte del conde, puesto que no se encontró el cadáver, permaneció deshabitado hasta convertirse en ruinas.

Estas ruinas son las que al decir de los viajeros, están habitadas por Ondina y su hijo.

FIN.



Llegó el momento de dejar la mesa; el castillo á donde debían marchar los esposos, estaba situado próximamente á dos leguas del sitio donde se hallaban.

Eran cerca de las once y los convidados al levantarse resolvieron acompañar á los esposos hasta su nueva residencia.

El cortejo se puso en camino: la noche era oscura y apenas se distinguía la senda que conducía al castillo, cuando al pasar cerca de unas ruinas, algo parecido á una sombra pasó por delante del caballo de Pedro de Stanffenberg que asustado por esta aparición dió un bote y huyó. Como se sabía la destreza del jóven conde, nadie se cuidó de tal cosa y continuaron avanzando en la certeza de que pronto se les reuniría, despues de dominar al caballo.

Pero lejos de ser esto así, el caballo que parecia tener el diablo en el cuerpo, no se detuvo sino al cabo de media hora. Trató el caballero de orientarse, pero no era eso cosa fácil, pues como hemos dicho la noche era muy oscura. Al cabo de un instante vió en el horizonte las ventanas iluminadas de un castillo y no dudando que fuese este á donde debía dirigirse y donde ya, sin duda le esperaba el resto de la comitiva, se dirigió á él atravesando tierra y cerciorándose al hallarse mas cerca, de que no se habia equivocado: se encontraba á una distancia de cien pasos solamente, cuando halló obstruido el camino por un riachuelo.

Buscó un puente el caballero por todos lados; subió y bajó por la orilla un cuarto de legua próximamente, pero no encontrando lo que deseaba, juzgó que el rio sería vadeable y entró con el caballo.

Pero apenas llegó á la mitad de la corriente, la misma sombra que habia espantado antes al animal, salió del agua y se le colocó delante. A su vista el caballo se encabritó, arrojó á su dueño al rio, ganó la orilla y se lanzó hácia el castillo relinchando de terror.

Y lo que fué del caballero no ha podido saberse; porque aun